

ENSAYO

LAS LENGUAS Y LA POLITICA

Por Luis Michelena

En respuesta a una invitación que agradezco, aunque no debo = ocultar que la he aceptado con temor, presento aquí algunas = observaciones sobre el tema indicado en el título. Más que de consideraciones personales, el temor nace de la convicción de que en materias como ésta es difícil conseguir, hoy por hoy, = una cierta objetividad: todos, los unos como los otros, estamos dentro de alguna tradición que, por instinto y por hábito, -- tratamos de defender. La generalidad, al igual que la lejanía en tiempo y espacio de mucho de los ejemplos que aquí se mencionan, es, pues, buscada. No nos es dado librarnos de nuestras coordenadas espaciales y temporales, pero podemos al menos intentar reducir sus consecuencias inmediatas despersonalizando y atemporalizando las cuestiones.

Además de esto, toda especialización supone deformación, maneras peculiares de ver y enjuiciar las cosas y también, hecho menos conocido, graves limitaciones de las que el propio especialista es el primero en darse cuenta. Esto sólo ocurre, por fortuna para el interesado y por desgracia para los demás, en el caso no demasiado frecuente en que el especialista se para alguna vez a pensar en el lugar que su oficio ocupa en un texto más general.

Un lingüista, ya que hablamos de lenguas, tiene que quedar -- abrumado, a poco que reflexione, por la enorme desproporción que existe entre lo que conoce y lo que ignora. No es sólo = que, salvo en casos excepcionales, esté en clara inferioridad por lo que al dominio activo de lenguas se refiere, frente a = muchos modestos intérpretes. Aun limitándonos a un cierto conocimiento analítico de lenguas diversas, la muestra que puede manejar es, en la hipótesis más favorable, ridículamente = exigua en comparación con el número (estimado, a ojo de buen cubero, en varios millares) de las lenguas actuales y conocidas en el pasado. Y este número, a su vez, no es más que una porción insignificante de las lenguas que han tenido que existir desde que el hombre es hombre, es decir, desde que habla en el sentido pleno de la palabra. Como todo es relativo, la admiración, justificada hasta cierto punto, del individuo unilingüe por los que conocen el manejo --y a veces también la -- historia-- de varias lenguas o grupos de lenguas tendría que =

ser sustituida en justicia por un sentimiento de menosprecio.

Esto es todavía más grave si se parte del supuesto, que yo me inclinaría a suscribir, de que todas las lenguas conocidas no son más que variedades -o, mejor, representantes, realizaciones o muestras, es decir, tokens- de una especie única: el = lenguaje natural. ¿Cómo explicar, si no, que aún no exista -- una clasificación tipológica aceptable de las lenguas, empresa en la que han trabajado inteligencias geniales, cuando ya en el siglo XVIII se llegó a ordenar racionalmente las plantas, muy superiores en número y en diversidad? En el fondo = hay, por lo visto, procedimientos universales y comunes, encubiertos por el tupido follaje de infinitas diferencias superficiales.

Por ello mismo no es posible dibujar, a partir de la muestra disponible, una línea evolutiva que vaya de sistemas de simplicidad rudimentaria a otros cada vez más complejos. Evolución, la hay siempre y en todas partes, ya que las lenguas, como objetos históricos, van arrastradas por ese río en que uno no puede bañarse dos veces. Hay también diferencias manifiestas en ajuste y en complejidad, pero, por grande y hasta decisiva que sea su importancia social, el consenso profesional = las considera más superficiales que profundas. La lengua (la comunidad que la emplea, en último término) puede adquirir -- nuevos registros, aumentar con el cultivo su riqueza y flexibilidad, adaptarse a situaciones más complejas o, por lo menos, a situaciones muy distintas. Algo ha tenido que suceder al japonés, lengua, desde que el comodoro Parry, presentando = sus cañones como credenciales, abrió los puertos del Japón al comercio occidental. Porque, dado que los japoneses no renegaron de su lengua, con el comercio tuvo que entrar la revolución científica -y, como secuela, la industrial-, los dos productos de exportación occidentales que, como suele decir Miguel Artola, han conseguido aceptación universal. El caso japonés prueba, además, que, aunque la balanza haya de ser en = un principio favorable a quienes imponen su voluntad, los productos de exportación, una vez asimilados, pueden volverse -- contra los introductores, como quedó probado en Tsushima y en Port Arthur, para no hablar de hechos más recientes.

El experimento en materia de lenguas, caso general en las -- ciencias humanas, es siempre difícil, si no imposible: nadie se decide a poner a prueba por razones científicas (aunque sí, quizá, por razones de otro orden) si una lengua, puesta en situciones límites, muere o acaba por sobrevivir. Tenemos que conformarnos con los hechos documentados, pero, aún así, lo = históricamente dado siempre admite interpretaciones diversas. Como las condiciones son las que realmente se dieron, toda especulación sobre lo que habría ocurrido si algo que llegó a = suceder no hubiera sucedido o, al revés, si hubiera sucedido algo que no llegó a ocurrir es más o menos fútil. Y, sin embargo, el razonamiento basado en condicionales irreales, que no acaba de entrar en los esquemas lógicos, es en la práctica inevitable. Así no se llega más que a convicciones personales, cuya comunicación a otros requiere más retórica que dialéctica. Es un hecho, con todo, que los lingüistas han creído y --

creen en su mayoría (Sapir es probablemente el representante más preclaro) que cualquier lengua, en sí y en principio, pue de llegar a satisfacer las mismas necesidades que cualquier = otra, aunque ello exija el esfuerzo denodado de una comunidad, a veces durante generaciones enteras (1). Junto a los éxitos hay también fracasos, pero ¿no se debieron éstos a falta de -- constancia o a un conocimiento imperfecto de la economía de = los medios?.

Puesto que hemos apelado al testimonio de los lingüistas, es justo advertir que éstos, además de sus limitaciones ya señalizadas, sufren de otra insuficiencia que para lo que aquí interesa es radical. La lingüística que se ha llamado inmanente, y no sólo ella, ha concedido una atención preferente, a veces = exclusiva (el Cours de Saussure es casi un programa), a las = lenguas como sistemas, por decirlo de alguna manera, desencarnados. Esto no es condenable en principio. Ninguna ciencia ha podido constituirse como tal sino al precio de una sucesión = de reducciones brutales. Así, en nuestro caso, cualquier lengua (porque aquí no se distinguen torres de chozas) es un sistema utópico y ucrónico, de cuyos posibles hablantes, presentes o pasados, se ha hecho completa abstracción. Conviene señalar, porque esto se olvida demasiado a menudo, que la vieja lingüística histórica -o en otros términos, diacrónica- nunca pudo ni quiso prescindir del tiempo ni del espacio, menos aún de los hablantes: en cualquier manual de este viejo estilo -y tales manuales no han dejado nunca de publicarse- se encuentran siempre indicaciones geográficas, históricas y hasta socioló= gicas muy precisas. La lingüística descriptiva, por el contrario, limitada deliberadamente al estudio de un estado de lengua, continúa la reducción hasta llegar a una norma abstracta (la langue) o bien a un corpus de enunciados, homogéneo en = lo posible.

Pero las lenguas no son sólo diversas hasta el infinito en -- cuanto sistemas; también lo son, en el tiempo y en el espacio, como medios concretos de comunicación. Unas son habladas por muchos millones y otras empleadas por pequeños grupos. Unas = nunca han sido escritas y otras poseen una inmensa producción literaria y científica. Hay lenguas oficiales en distinto grado y lenguas que no han alcanzado esa condición; lenguas cuyo uso apenas sale de los límites de una comunidad y lenguas de relación que vienen empleándose para la comunicación entre -- grupos de diferente idioma materno. Lenguas de uso general, =

-
- (1) Por esto no tienen mayor sentido consideraciones como ésta de Manuel Alvar en Revista española de lingüística -- 1 (1971), 53, n.83: "Baste pensar en el guaraní, que tiene consideración de lengua nacional, incapaz de expresar --según sus hablantes- conceptos harto triviales en la vida de un hablante instruido". Naturalmente no es el guaraní, que no posee órganos de fonación (aunque sí una pintoresca historia que explica su condición actual en Paraguay), el que no es capaz, según sus hablantes, de expresar esos conceptos. Son los hablantes los que no pueden, o mejor no quieren, expresar esos conceptos en guaraní.

cualquiera que sea la situación o el tema, dentro de una colectividad y lenguas reservadas para ciertas ocasiones o materias: tanto da que éstas sean familiares como rituales o científicas. La diferenciación horizontal, geográfica como la vertical, social, puede ser pequeña o grande, lo mismo que la distancia que separa la variedad coloquial de formas más o menos clásicas, adecuadas para usos más solemnes. Situaciones de bilingüismo o plurilingüismo colectivo, corrientes en algunos países, son incomprensibles, en otros para la masa de la población. Y así sucesivamente.

El lingüista no tiene por qué ser un experto en esta clase de problemas que puede considerar con alguna razón (aunque la razón parezca absurda al común de los mortales) extralingüísticos: esto no es cierto, me apresuro a añadir, para un pequeño grupo, que va creciendo al parecer, de ellos. La consecuencia es que, a pesar de su especialización o precisamente por ella, los conocimientos de un lingüista sobre aspectos esenciales de las lenguas -ya que son factores determinantes de su fortuna o de su decadencia, de su pervivencia o de su desaparición- son a menudo superficiales, basados ante todo en su propia experiencia personal o en lo que gentes con un pasado distinto, que el azar ha puesto en su camino, le hayan podido contar (2).

La información de orden lingüístico que puede hallarse en obras de historia (y hasta de geografía humana) es demasiado a menudo insuficiente, nada sistemática y hasta inexacta. Junto al crecido número de encuestas dialectales, con métodos ya fijados en lo fundamental desde hace muchos años, sorprende la parquedad de las investigaciones sobre la situación concreta de una lengua, como medio vivo de comunicación, en un país y en un momento determinados (3). Hay, claro está, estadísticas, pero, aun descartada la sospecha -que no siempre es mera sospecha- de una manipulación de los datos, pocas veces ofrecen algo más que una estimación bruta en la que toda matización está ausente. Por el futuro de las lenguas más que los lingüistas se han preocupado gramáticos normativos, pedagogos, psicólogos y políticos: además se ha preocupado el hombre de la calle a quien estas cuestiones, cuando le tocan de cerca, =

(2) Todavía quedan bastantes historicistas que conocen en detalle, aunque quizá de manera demasiado somera, la historia de una lengua, de una familia y hasta de varias familias de lenguas.

(3) Entre nosotros ha sido recientemente una grata sorpresa la aparición de un libro muy poco corriente, obra además de un joven estudiante de la Universidad de Granada: José María Sánchez Carrión, El estado actual del vascuence en la provincia de Navarra (1970), Pamplona (Príncipe de Viana) 1972. Y, aunque se trata de una obra de divulgación (o precisamente por ello mismo), merece ser citado, tanto por la amplitud de su información como por su objetividad, el librito de Antonio Tovar, Lo que sabemos de la lucha de lenguas en la Península Ibérica, Madrid (Gregorio del Toro) 1968.

le tocan de verdad. Una parte considerable de la literatura = sobre bilingüismo, por ejemplo, está dedicada a los efectos = favorables o desfavorables, manejadas a menudo como armas -- ofensivas o defensivas, que la temprana iniciación en dos lenguas puede tener para el niño.

Sería sorprendente que la lingüística, en su largo caminar de más de dos milenios, no haya afinado mucho sus conceptos; nuestra vanidad de modernos nos lleva además a pensar que el proceso se ha acelerado en los últimos tiempos. Pero esta precisión conceptual queda en buena medida circunscrita al estudio de las lenguas como sistemas abstractos y al de su evolución en el tiempo: es decir, a ideas como "transformación" o "co--rrespondencia fonética". En cuanto hablamos de bilingüismo, de diglosia, hasta de dialecto, los conceptos, en los cuales entran ya consideraciones sociológicas, son toscos, mal definidos y difíciles de manejar. Es de esperar que esta situación mejore pronto, pero, entre tanto, apenas puede pasarse de una caracterización a grandes rasgos de las condiciones de un -- país determinado que sirva al menos, con el apoyo de la experiencia propia, como primera aproximación.

Tales ideas, por otra parte, no están privadas de un aura pasional. Tomemos "dialecto", término incoloro si los hay dentro de ciertas esferas, por no mencionar el patois francés que, si los etimólogos tienen razón, vendría a ser la manera de expresarse de gentes que hablan con las patas, ni siquiera con los pies. En lingüística histórica, donde el concepto tiene = su origen, se habla lo mismo, sólo que a diferente nivel, de dialectos indoeuropeos, de dialectos germánicos o de dialectos alto-alemanes; en lingüística descriptiva se alude con -- ello a una falta de autonomía, a una dependencia con relación a una norma no exterior, en cierto modo, pero si superior, -- puesto que es aceptada. Pero, en el mismo uso corriente español, "dialecto" se contrapone a "lengua" (o al más culto "Idioma") con una connotación que, a la falta de autonomía, añade una falta de nobleza o de dignidad. No es difícil ver a dónde puede conducir una discusión planteada en términos que, aparte de estar mal definidos, arrastran una carga afectiva explosiva.

Esto no vale sólo, por desgracia, para las broncas calleje- = ras. Los lingüistas que han intervenido en la discusión sobre la romanidad o germanismo de zonas limítrofes entre Austria e Italia, pongamos por caso, no han puesto menos pasión ni más respeto a las normas del fair play que los participantes en = la riña menos académica. Cuando se alude a la desaparición, -- consumada ya o en vías de consumarse, de una lengua, tema que es siempre doloroso para bastante gente, siempre acaban por = manifestarse, con los matices que se quieran, dos posiciones opuestas. Para unos, la pérdida de una lengua, por insignifi- = cante que sea, es una pérdida del patrimonio humano común, no de la herencia particular de una colectividad. Sin precisar = por qué y en qué constituye una pérdida --una vez al menos que la lengua haya quedado embalsamada, para pasto de eruditos, en gramáticas y diccionarios--, no cabe negar que tal sentimiento existe y que, además, no es exclusivo de los miembros de la =

comunidad afectada. Para otros, la desaparición de lenguas pequeñas es un epifenómeno inevitable del progreso, si no es su condición necesaria. Cuando se lee a un Vendryes -a quien muchos jóvenes franceses consideran ahora inexcusablemente Chauvin, a pesar de la comprensión llena de simpatía que mostró = por las lenguas y la civilización céltica del pasado-, se sa ca la impresión de que, a sus ojos, el hecho de que un instru-
mento tan perfecto de comunicación como el francés no sea de empleo universal o mucho más extendido no es más que la secue-
la de un pobre nivel de vida, bajo por el momento pero mejora-
ble en el futuro. No sabía que sus sueños imperiales iban a =
tropezar pronto, sin salir de las cercanías, con una barrera infranqueable por obras de factores tan culturales, entre --
otros, como Patton, la Sexta Flota y la General Motors.

Evito en lo que sigue el término "nación" (o "nacionalidad") =
más por ser innecesario, en este contexto, que peligroso. Ha
admitido y admite, en sus distintas formas, sentidos muy di-
versos, según las épocas y según los países: poco tiene que =
ver, por ejemplo, su valor español clásico, el de los siglos
XVI-XVII, con el que es más corriente hoy. Tampoco hay coinci-
dencia entre su valor en los países del oeste de Europa (con
irreverente inclusión del inglés americano) (4) y el que po-
see en el centro y en el este. J. Sarraill ha señalado, con =
toda razón, que en alemán no significa lo mismo, con referen-
cia al individuo, Nationalität que Staatsangehörigkeit y tal
distinción tuvo que ser inevitable en un estado confesadamen-
te plurinacional como fue el Imperio Austro-húngaro: lo mis-
mo sucede en ruso con naródnost' (nacional'nost'), de una par-
te, y póddanstvo (graždánstvo), de otra (5). Pero, en Occiden-
te, "nación" es prácticamente sinónimo de "estado", entendido
como unidad territorial y unidad de poder, mientras que para
el movimiento de ideas que tuvo su principal foco en Alemania
desde finales del siglo XVIII, nación viene casi a ser coex-
tensivo con comunidad lingüística: "La división del género hu-
mano en naciones -dice Guillermo de Humboldt, que no es una =
voz aislada- no es otra cosa que su división en lenguas" (6).
Esto muestra, dicho sea de paso, que la identificación de na-
cionalismo con separatismo es un error patente, ya que aquél
ha sido a menudo unionista, no disgregacionista.

Cuantos se han ocupado de esto no han podido menos de mencio-
nar un hecho por demás curioso: la tendencia que se observa =
en todo el mundo a establecer, en contra de la experiencia y

(4) Hasta en inglés se siente alguna vez la necesidad de mati-
zar y se habla de national state, no solamente de nation.

(5) En cambio, "patria" (ródina) no hay más que una: la que =
es calificada de "soviética" o "socialista".

(6) Gesammelte Schriften, ed. A. Leitzmann, VI, 1, p. 126. =
Pasajes de Herder y Fichte de análoga inspiración pueden
verse en Miguel Artola, Textos Fundamentales para la his-
toria, Madrid 1968, p. 561 ss.

hasta de la experiencia propia, correspondencias biunívocas = entre lengua y estado, cuando cualquiera puede caer en la - = cuenta, a poco que reflexione, que se dan tanto estados con = varias lenguas oficiales, por no hablar más que de éstas, como lenguas que son oficiales en más de un estado. No es demasia- do difícil conseguir, aun en clases universitarias, a poco -- que se cebe el anzuelo, respuestas como: "en Suiza se habla = suizo" o "la lengua de Yugoslavia es el yugoslavo".

Salta a la vista, insisto, que tal correlación no existe. No hay otro punto de partida para emitir juicios, ya que la co-- existencia, a menudo conflictiva, entre lenguas dentro de un = mismo ámbito de gobierno tiene evidente importancia social y política. Pensar, como se hace con frecuencia, que tal coexis- tencia no es sino un mal pasajero que el tiempo y la historia se encargarán de remediar, no parece una opinión muy fundada: valdrá tal vez para alguna zona, pero no en general. El mundo occidental perdió su antigua lingua franca, el latín, que en ciertos empleos dominaba casi sin rival hasta Polonia y -- Croacia: fue quedando desposeído de su carácter de lengua de la administración, perdió poco a poco su condición de vehícu- lo del intercambio científico, hasta que han terminado por -- abandonarla, salvados los inevitables gestos de deferencia a la tradición, los filólogos clásicos y la Iglesia católica. = Pero, aun descontando el latín, no es exacto que las grandes lenguas modernas hayan ido eliminando, en un proceso cada vez más rápido, a sus competidores más débiles. Bien al contrario, en Europa y en lo que llevamos de siglo, el número de lenguas oficiales ha crecido, y mucho; no disminuido. Alguna vez (y = es más cortés no ser explícito) la oficialidad ha quedado en deseo más que en realidad, pero esto es la excepción, no la = regla. Esto vale también, con las restricciones que más ade-- lante se presentarán, para otras partes del mundo.

Para un futuro próximo -y no tan próximo- hay que contar, pues como dato fundamental, con una gran diversidad lingüística. = Conviene señalar, por otra parte, que lingüistas y no lingüís- tas mano a mano suelen equivocarse con frecuencia al emitir = juicios sobre el futuro de las lenguas. Estas no llevan impre- sas en la frente marcas visibles de su estado de salud. Ningu- na persona sensata habría podido predecir -predecir racional- mente, se entiende-, hacia el año 1200, la difusión actual = del inglés; tampoco habría pronosticado nadie, en tiempos del Imperio aqueménida ni muchos siglos después, que el arameo ha- bría de encontrarse, como parece que se encuentra, en trance de desaparición.

No es que no se puedan observar, sobre todo cuando se juzga = sobre hechos consumados, factores que han tenido que influir en la próspera y adversa fortuna de las lenguas: lo que es di- fícil de probar, en cuanto se intenta llegar a generalizacio- nes válidas, es hasta qué punto esos factores, solos o reuni- dos con otros, han sido o son determinantes o decisivos. En = cualquier caso, a poco que uno se sepa su cartilla, es hacede- ro encontrar contraejemplos. Los dominadores pueden abandonar su lengua sin dejar en la vencedora de los dominados apenas =

otra cosa que unos cuantos nombres propios. Eran muy pocos, se nos dirá, para imponerse a muchos. Pero, a poco que se penetra en la historia del Oriente próximo, uno no puede menos de ver sorprendido que comunidades pequeñas, de gran actividad = comercial (muy sensibles, por lo tanto, a incentivos económicos), que han vivido en territorios discontinuos (o, si se quiere, no conexos) sin gozar de condición jurídica privilegiada, han logrado conservar su lengua. Nadie dice, creo, que el armenio esté próximo a extinguirse, a pesar de una larga = historia de desastres añadida a una considerable divergencia dialectal. Es verdad que la diversidad religiosa, manifiesta a veces en matices que al observador lejano le parecen inventados ad hoc, unida al empleo de la lengua propia en la liturgia y en la predicación, ha podido contribuir a la conservación. Esto no se aplica, sin embargo, ni a los católicos irlandeses, con liturgia en latín, ni a los arrianos germánicos, con liturgia nacional. La superioridad cultural protege, según la opinión común, al griego de la competencia del latín, = incluso en extensos territorios donde no era más que una lengua colonial como la otra, pero un pasado brillante no impide que el interés por el cultivo literario del catalán decrezca bruscamente en el siglo XVI para reaparecer, no menos bruscamente, en el siglo pasado.

En el fondo de todo hay, sin duda, un fenómeno colectivo, cuya completa racionalización acaso nunca nos será dada. Se trata, en último término, de la adhesión o despego de una comunidad respecto a su lengua. Los pueblos aculturados son legión, pero también lo son los que, a veces por un sobresalto de última hora, no se han dejado asimilar, aunque las condiciones parecieran serles desfavorables. La culta Bética fue aquí la primera en aceptar, con los brazos abiertos, la romanización total. La pequeña y pacífica Aquitania guardó algún islote insumiso que no se acierta a encontrar en la populosa y guerrera Gallia comata.

Acaso no haya ejemplo más revelador en materia de lengua que lo que se ha dado en llamar el Tercer Mundo. La independencia ha tenido, por lo que uno puede juzgar y hablando en términos generales, efectos bien distintos en Asia y en Africa. Pensemos en el sudeste asiático, donde la oficialidad de las lenguas nacionales ha seguido inmediatamente a la independencia. Y no es que faltaran dificultades y problemas: tampoco faltan, en la antigua Indochina pongamos por caso, muchas personas -- que hablen un francés muy aceptable, como hemos podido comprobar sin movernos de casa. No tengo medio alguno de hacer un balance de la obra de una figura tan desmesurada y pintoresca como la de Sukarno, pero, sea cual fuera su resultado, apenas se puede dudar de que su política lingüística, la adopción -- del Bahasa Indonesia como lengua oficial, constituyó un señalado éxito, hasta el punto de que sus sucesores, que en tan pocas cosas han sido continuadores, no han encontrado por una vez nada que cambiar. Ya se sabe que lo que hizo fue elegir, = entre muchas, una variedad recomendada por su difusión y su = inteligibilidad, en normalizarla e imponerla, a pesar de su = escasa tradición literaria, aspecto en que algún competidor = le aventajaba en mucho.

En Africa, por el contrario, se saca la impresión de que la dependencia cultural, en primer lugar lingüística, es por lo menos tan fuerte como en los mejores momentos de la época colonial: esto alcanza incluso a países árabes con fondo bereber. La négritude se canta en francés, y no es que los senegaleses lo vayan a entender mejor que los vietnamitas. A fin de cuentas, hay que aceptar o rechazar la carga que supone, en mayor o menor grado, la capacitación de lenguas del país para usos antes cubiertos por los idiomas coloniales, tarea siempre delicada, molesta, larga y difícil. Esto, además, acaso sea dejarse engañar por la elegancia de los nombres y aceptar una versión idealizada de los hechos.

En cualquiera de estos (y de aquellos) países había minorías importantes, aunque muy reducidas en relación con la masa de la población, educadas en lengua extranjera, minorías que son hoy en esencia las que detentan el poder en los nuevos estados. Casi se diría que, en algunos casos, la independencia ha representado pura y simplemente la sustitución de los funcionarios extranjeros, enviados por gobiernos lejanos, por elementos indígenas que ya desempeñaban funciones dirigentes, aunque subordinadas. En algunas partes, cuya distribución en el espacio está bien delimitada en términos generales, parece haberse pensado que de la independencia se seguía, sin más discusión, la posibilidad de elevación cultural de la mayoría, elevación cuya condición necesaria es el empleo como vehículo de lenguas locales. En otras, por el contrario, se ha cambiado una oligarquía por otra, de color más uniforme y más local: no interesa aquí precisar hasta que punto se han roto o se mantienen las dependencias con respecto a centros lejanos de poder. Para la mayoría hay, naturalmente, planes de enseñanza que a veces llevan implícita la eliminación de las lenguas propias. Una vez que esto, a la corta o a larga, se haya conseguido, la mayoría se hallará más cerca de los centros de decisión. Más bien a la larga, ya que los del cogollo no tienen mayor prisa en aumentar el número de los posibles competidores.

Este es evidentemente el caso americano. Aquí en el norte como en el centro y en el sur, la independencia fue obra de criollos (que tienen poco que ver con las lenguas llamadas criollas) o el menos fueron sus manos las que recogieron los frutos. El elemento indígena fue sometido a dos procedimientos tan eficaces el uno como el otro: la marginación o la eliminación. La marginación lingüística, que no iba sola, era el medio más eficaz de marginación política, con lo que, a pesar de revueltas tan violentas como ineficaces, se llegaba sin esfuerzo al gobierno exclusivo, tan deseado por algunos, de las minorías ilustradas.

Hoy en día han crecido de manera inmoderada las posibilidades de control: ya no se trata sólo del control de la naturaleza, sino también de controlar el comportamiento humano, individual y colectivo. No voy a ponerme a discutir por vez enésima las ventajas que de esto pueden derivarse ni los gravísimos peligros que ello comporta. Sí interesa, en cambio, subrayar que estas posibilidades afectan también a la vida de las len-

guas. Ahora hay de hecho, en todas partes, con mayor o menor deliberación, políticas lingüísticas: una de ellas, acaso no la menos eficaz, es la política de inhibición, por parte de los poderes públicos o por parte de las colectividades (7).

No parece que a un grupo humano le queden más que tres posturas posibles, con todas las gradaciones que se quiera, ante la situación en que se encuentra su lengua materna. Puede estar satisfecho con ella, caso frecuente, sobre todo en los grupos que ocupan una posición dominante: bien es verdad que la satisfacción no suele ser total, como puede inferirse de la lucha, sorda o abierta, entre las grandes lenguas por mejorar su posición internacional. Puede resignarse, no sin nostalgia, cuando la vea declinar, pero sin tratar de oponerse de una manera decidida al proceso. O puede intentar defender lo que considera suyo, gane o pierda, con paciente tenacidad o con violencia desnuda.

También son tres las actitudes que pueden tomar los poderes públicos ante problemas de este género, y son, como las ha de finido Heinz Kloss, de represión, de tolerancia y de promoción. La represión, que ha llegado en algún caso extremo a la prohibición de hablar una lengua (la prohibición de escribirla, de emplearla como vehículo de enseñanza, etc., ha sido siempre mucho más frecuente) (8), es una actitud que parece estar en clara regresión en estos últimos tiempos. La tolerancia, el laissez faire, laissez passer en materia de lengua, ha sido siempre y es todavía hoy, probablemente, la política más practicada. Sus resultados no son malos, a corto plazo, por lo menos, a juzgar por una larga y variada experiencia. Hay dos puntos, sin embargo, que han de ser tenidos en cuenta al enjuiciarla. En primer lugar, esta política, como el liberalismo económico, es una manera tan eficaz como cualquier otra -más eficaz, en realidad, puesto que supone omisión, no una acción con cuya responsabilidad alguien tiene que cargar- de favorecer a unas lenguas y de postergar a otras: es, por lo tanto, una política, no una falta de política. Exige además para ser oportuna, una actitud de aceptación por parte de la población afectada: que la aceptación sea entusiasta, indiferente o tristemente resignada, tanto da.

El conflicto se produce cuando una población no se resigna con una situación dada, y presenta exigencias. Siempre, y hoy más que nunca, una lengua necesita para sobrevivir una adapta

(7) Las decisiones legales en materia de lengua no son, ni mucho menos, de hoy: basta recordar el año 610 en que el Imperio de Oriente abandonó, juntamente con el latín, la ficción de un Imperio Romano unitario, o el edicto francés de Villiers-Cotterets (1539). También se suele citar, por su importancia práctica, una de las resoluciones del concilio de Tours (813).

(8) En realidad, la prohibición de hecho se disfraza habitualmente de trabas legales, que hacen imposible su empleo en la práctica.

ción interna a condiciones concretas de vida social, pero también ciertas facilidades legales. Hoy más que nunca porque el ámbito de lo legal va quedando definido por lo que está sancionado positivamente ("¿tiene V. autorización, permiso?"), no por lo que ha sido prohibido expresamente. Pretender que se de sea que una lengua viva, o que nos es indiferente que esa lengua viva o no, si se le impide de hecho el acceso a ciertos = medios de difusión, es una postura insostenible, ya que en el mundo actual ese acceso es una condición necesaria, aunque no suficiente, para la supervivencia. Los gobernantes de un estado en que exista una pluralidad de lenguas -caso que, como se ha visto, es más bien la regla que la excepción- tiene que -- sentirse movidos a encontrar, por propia conveniencia en primer lugar, situaciones de equilibrio entre demandas y concesiones, en que se tengan en cuenta intereses que, no por ser opuestos, dejar de ser reales.

En la historia se pueden documentar sin mayor trabajo abundantes soluciones de fuerza que, a pesar de su legitimidad discutible, han recibido el consenso de la posteridad (9). Pero no siempre ha sido éste el resultado. Entre concepciones de esta clase tiene su lugar la idea simplista de que la manera más = económica de cortar de raíz tendencias escisionistas es la de acabar con la diversidad lingüística. Que esto no es exacto = lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que el foco original = del nacionalismo vasco fuera Bilbao, donde la lengua vasca -- era claramente minoritaria. También lo prueba Irlanda, donde una regresión, hasta ahora no contenida, de la lengua autóctona no ha evitado ni la Pascua de 1916, ni la independencia de Eire ni los estallidos de violencia en el Ulster (10).

Me permito aducir el caso del Ulster, porque últimamente viene recibiendo entre nosotros dos interpretaciones contrapuestas, sólo coincidentes en su exclusivismo: la religiosa y la económica. Parece quererse olvidar que, desde que sabemos algo de nuestra especie, los hombres tienden a agruparse (a unirse hacia dentro y a cerrarse hacia afuera) en razón, entre otras, = de una supuesta comunidad de origen y que para un grupo étnico, por llamarlo de alguna manera, la religión, a menudo más oficial que practicada, puede ser un signo diferenciador tan marcado como la lengua. Se han relegado al olvido, además, los = antecedentes medievales del problema irlandés, muy anteriores

(9) Durante bastante tiempo ha sido costumbre en España, por parte de autores de cierto color (Calvo Serer es la muestra más representativa), citar la Guerra de Secesión norteamericana como ejemplo de eliminación, violenta pero = efectiva, de tensiones. Pero, si hasta un testimonio tan parcial como la película de Griffith prueba algo, es que allí la pacificación se consiguió por una política de -- transacción posterior a la rendición de Lee, con la que la oligarquía sudista vio asegurada su posición de privilegiado, aunque subordinada a los intereses vencedores.

(10) El Gaelthacht, la zona de lengua irlandesa, se extiende a uno y otro lado de la frontera, en contra de lo que podría pensarse.

a la Reforma. (11) Por otra parte, la diferencia de clase que hoy puede observarse allí entre dos colectividades es el resultado de las mismas causas hitóricas que han puesto al inglés en posición dominante frente al gaélico.

Creo que puede probarse que el tipo de análisis que concede = una importancia decisiva a los hechos económicos ha sido aceptado sin mayor resistencia por muchos observadores no marxistas: la resistencia es menor, y esto merece atención especial, cuando se trata del análisis de situaciones actuales, que son las que en definitiva van a configurar nuestro propio futuro, que cuando se emiten juicios sobre grandezas y miserias del = pasado, y no creo que esto sea tan sólo función del número y naturaleza de los datos disponibles.

Por ello, vale la pena de recordar la política lingüística de la URSS que es, o debiera ser, bien conocida. Marx y Engels, = tanto por la naturaleza de la doctrina como por su propia -- oriundez, no habían dejado mucho lugar en sus esquemas a problemas étnicos y a conflictos de lenguas. Y, sin embargo, la revolución de Octubre obligó a los triunfadores, en medio de gravísimos y muy urgentes problemas de todo orden, a darles = una solución. Esta, justo es decirlo, había sido ya esbozada de antemano. Pero la respuesta, en la forma que ya estaba delineada, fue muy inmediata y consecuente.

Los rasgos fundamentales de esta política han sido dos: planificación y protección de las situaciones lingüísticas que tuvieran un cierto peso. Puede inspirar reparos una reglamentación que establece sin recurso qué lenguas deben escribirse y enseñarse, cuál es la variedad que debe ser preferida, cuál = el alfabeto mismo que debe emplearse en cada caso(12), y así sucesivamente. Hay algo de inhumano en la idea de un estado = que, como Dios predestinador, concede la gracia a algunas lenguas y dialectos y se la niega a otros, sin que se sepa muy bien hasta qué punto se contó con el asentimiento de las poblaciones interesadas. Pero esto no debe hacernos olvidar que gracias a esta planificación total, en la que se han hecho in versiones elevadísimas (ruinosas, a ojos de cualquier espiritualista de profesión de los que proliferan entre nosotros), = las lenguas distintas del ruso, sobre todo las pequeñas y muy pequeñas, gozan de unos medios que las aseguran, en la medida

(11) No trato en manera alguna de negar autonomía al fenómeno religioso, como hacen, por ejemplo, I. Iordan y M. Manoliu, Manual de lingüística románica, adaptado por M. Alvar, I, Madrid 1972, p. 63, para quienes la persecución de los cristianos, primero, y "las perturbaciones producidas en el seno de la comunidad cristiana por las herejías", después, se quedan en "distracciones políticas -- llamadas a encubrir las verdaderas causas de una crisis económica permanente". Afirmaciones como éstas son tan = fáciles de emitir como difíciles de probar.

(12) Ya se sabe que el primer alfabeto empleado fue sustituido después en bastantes casos, en tiempos de Stalin, por el cirílico.

de lo humanamente posible, de cualquier riesgo inmediato. A = este respecto, los caucásicos del noroeste que en 1864 emigra= ron a Turquía, entonces Imperio Otomano, en busca de un nuevo asiento entre correligionarios, no salieron ganando en compa= ración con los que permanecieron en sus antiguas tierras. Lo mismo puede decirse de los armenios que quedaron separados -- por la frontera turco-soviética.

No es dudoso que entre las razones de adoptar y continuar es= ta política intervinieron, junto al deseo altruista de repa= rar injusticias históricas, consideraciones muy utilitarias, = de mera conveniencia. Entre la actitud represiva, bien conoci= da en el Imperio zarista, la mera tolerancia en favor exclusi= vo de la lengua dominante y la promoción de las lenguas meno= res, ésta es la política que se eligió. Y no se eligió, hay = que subrayar esto, por mera necesidad. El número y proporción de los hablantes o conocedores del ruso dentro del territorio que acabó por ser soviético no era, creo, inferior al de los que son capaces de emplear la lengua dominante en bastantes = otros países en que la política ha sido muy otra. Esta solu= ción debe por lo menos ser conocida y meditada en otras par= tes. Más de uno dirá que, mutatis mutandis, podría hasta ser imitada en alguna.

